

EL HOMBRE QUE NOS AYUDÓ A SALIR DEL DOGMATISMO

JORGE EDWARDS

Mario Vargas Llosa sostuvo alguna vez que los escritores hispanoamericanos eran refinados en materias estéticas, en la construcción de mundos verbales, y primitivos en su pensamiento. Era una afirmación parcial, discutible, como toda postulación de carácter demasiado general, pero en alguna medida válida. Había un contraste, por ejemplo, entre el poder poético de Pablo Neruda, su indudable fuerza verbal, la sugerencia y la belleza de sus imágenes, y el tono reiterativo, repetitivo, en definitiva conformista, de sus declaraciones políticas. Ese "futuro", esa "alegría colectiva" de sus versos de *Las uvas y el viento*, que se reproducía en sus textos en prosa, sus discursos, sus entrevistas de prensa, sobre todo en la primera mitad de la década del cincuenta, era un lugar común cada vez más trillado y más fatigado. A partir de 1957, ese tono nerudiano empezó a cambiar, pero sólo cambió entre líneas, en forma tímida, sin verdadero riesgo intelectual. Hemos sido un continente de escritores brillantes, de notable vitalidad y originalidad literaria, pero a menudo, demasiado a menudo, acomodaticios, escasamente arriesgados. Al menos en las últimas décadas. El pensamiento individual, la concepción personal de las cosas, indiferente a las modas, a las tendencias de los grupos, de los partidos, de las administraciones, ha sido muy poco frecuente.

Octavio Paz ha sido una de las pocas excepciones a esta norma. Además, en su condición de artista y de pensador excepcional, señaló un camino y se convirtió, casi a pesar suyo, en el maestro por excelencia. Desde las páginas de *Plural* en el pasado y de *Vuelta* en años recientes, Octavio Paz nos enseñó a interpretar, a analizar de un modo autónomo, sin sometimiento a consignas, todos los sucesos importantes de nuestra época: desde la Guerra Civil Española hasta la Guerra Fría, desde la caída del Muro de Berlín hasta la rebelión en el Estado de Chiapas. Sin esa conciencia siempre alerta, en constante actitud de crítica y de autocrítica, nuestro mundo hispanoamericano no habría tenido textos espléndidos, textos narrativos notables, pero le habrían faltado la sal de la provocación, del auténtico debate de ideas. Ha-

bría sido más sumiso, más estereotipado, más grisáceo. Habríamos corrido el riesgo de justificar la frase de Baroja: el continente tonto. Octavio Paz abrió en nuestra época una línea de pensamiento libre, móvil, en constante proceso de revisión, y su actitud fue contagiosa. Nos estimuló a pensar y creó una verdadera escuela de libertad crítica.

La opción de Octavio Paz nos permitió salir en Hispanoamérica de los dogmatismos declamatorios, monocordes. Nos ayudó a valorizar la democracia, a

La muerte de Octavio Paz pone fin a una carrera literaria heroica. Situado inmejorablemente, por su temperamento y la amplitud de sus intereses, para ser tan ambiciosamente mexicano como consumadamente internacional, Paz produjo un vasto cuerpo de poesía y prosa intensamente alerta, serenamente legible, con frecuencia emocionante. En contraste con el fervientemente privado y excéntrico Juan Rulfo, que parece una figura mexicana quintaesencial, el erudito, sagaz y entregado al público Paz fue una combativa presencia cosmopolita. Asumió posiciones indispensables contra la tiranía y las falsas ideas de justicia. Su vida en las letras estuvo marcada por la responsabilidad ineludible, la laboriosidad y la generosidad. Siempre fue importante. Siempre fue relevante. Y valía la pena conocer a la persona. Voy a extrañarlo sin duda. Voy a seguir leyéndolo.

SUSAN SONTAG

En los años sesenta pasé un mes en la ciudad de México, dando clases de literatura japonesa en el Colegio de México. Hacía por lo menos veinte años que no empleaba el español aprendido en la escuela secundaria y no me resultaba fácil expresarme, pero por suerte aún podía entender a los otros. Volví a ver a mi viejo amigo el poeta Octavio Paz, quizá la persona más cosmopolita que conozco (sin dejar de ser, a la vez, intensamente mexicano). Volveríamos a encontrarnos en la India, donde se desempeñaba como embajador de su país, y en Tokio, cuando dio una conferencia en la Universidad Sophia. Al parecer, es capaz de extraer algo precioso y único de la cultura de cualquier lugar al que vaya, y escribe con un dominio del lenguaje y una penetración que maravillan. He sido singularmente afortunado en mis amistades.

DONALD KEENE

recuperarla a partir del nivel de la conciencia y a fortalecer en todos nuestros países el tejido de una sociedad civil más culta y más civilizada. En este aspecto, hay un contraste interesante entre Paz y los contemporáneos suyos que podríamos calificar como "artistas puros".

Paz, por la vía de la apertura crítica, se adelantó a su tiempo, pero a la vez, al actuar así, recuperaba una tradición muy nuestra: la del intelectual humanista, ilustrado en el sentido clásico y hasta "técnico" de la expresión, atento a los problemas de una sociedad en formación y que asume de una manera más o menos deliberada el papel de orientador, de guía. Ha sido, en ese aspecto, un hombre de la especie, de la descendencia de personajes como Andrés Bello, Alfonso Reyes, Gilberto Freyre, con una salvedad: la de haber pasado por la vanguardia estética y haberla asimilado. En buenas cuentas, un americano ilustrado y universal, un escritor pensador en un estilo en cierto modo antiguo, pero que ha vivido a fondo la experiencia del surrealismo y de la vanguardia.

La idea corriente de distinguir en Octavio Paz al poeta del ensayista me parece equivocada, simplificadora. Paz fue un poeta intelectual, personaje poco frecuente en la tradición de nuestra lengua, y fue un intelectual, un ensayista poeta. Un poeta sintético, incisivo, que consigue la belleza literaria en la síntesis, en la paradoja, en la complejidad nuclear de las imágenes, y un ensayista de prosa elegante, civilizada. Alguna vez he sostenido que fue nuestro Montaigne, un Montaigne menos encerrado, menos instalado en su torre, más abierto a la aventura, más permeable, precisamente, a la poesía.

En su reflexión sobre la modernidad, Paz tuvo una visión personal, enormemente sugerente, de la inser-

ción de lo americano. Nuestra Ilustración, sostiene, nuestro racionalismo anterior, se da un siglo más tarde en el positivismo. En cambio, nuestra revolución romántica, reacción frente al racionalismo anterior, en el Modernismo, el de Rubén Darío y sus continuadores. Esto podría indicar que la corriente intelectual iberoamericana, separada y retrasada en casi un siglo con respecto a Europa, confluye con la europea en los movimientos de vanguardia. Si pensamos en los casos de Brasil, de la semana de arte moderno de Sao Paulo, de Argentina, de México, de Perú y Chile, la teoría resulta coherente y estimulante. Sospecho que el libro sobre Sor Juana Inés de la Cruz "Las trampas de la fe", libro de años recientes, es una ruptura de esos esquemas. Es, de algún modo, un descubrimiento tardío de los elementos rupturistas, modernos, de la cultura hispánica. En este sentido, Paz, el poeta ensayista, el hombre que nos ayudó a salir del dogmatismo, de los caminos trillados, comenzó por descubrir el espíritu crítico del racionalismo francés, llegó hasta el surrealismo, hasta un diálogo silencioso con André Bretón, y más tarde, con distancia, incluso con ironía, nos mostró la filiación crítica, moderna, que sofocamos por medio de nuestras diversas inquisiciones y que sin embargo nos pertenecía.

En resumidas cuentas, Octavio Paz ha contribuido a liberar y a enriquecer nuestro mundo, el de España y el de toda Hispanoamérica. Hay que seguir, con la misma libertad suya, por esos terrenos. Su obra en prosa y en verso es una continua salida universalista, cosmopolita, y un permanente regreso. Corresponde con fidelidad y exactitud a los títulos de las revistas que ha dirigido: *Plural* y *Vuelta*, vuelta a los orígenes sin perder nunca la pluralidad, la libertad que ha orientado la marcha. <